

tan disparejo, desordenado, arbitrario, donde la imagen salta sonriente o escrutadora y donde la armonía, más íntima que externa, más condicionada por el ritmo psicológico que otro, le confiere sugerencias penetrantes. Gran artista, gran escritor, la idea, el lenguaje, el motivo, adquiere en Blaise Cendrars alta categoría humana. La ausencia de moral, la amoralidad que posee este hombre de vida vertiginosa y que evidencian sus libros, le comunica a éste una dignidad de libertad que el espíritu agradece porque palpa, vive, siente lo que en la realidad cotidiana no es más que sólo un adorable mito. La sinceridad, la naturalidad con que habla le quita a menudo ese elemento de efecticismo que apuntábamos anteriormente: «Quand je pense, tous mes sens s'allument et je voudrais violer tous les etres et quand je me laisse aller a mes instincts de destruction, je trouve le triangle d'une solution métaphysique». (Aujourd'Hui, pág. 9).

Denso, múltiple en sus mejores páginas, este libro invita a muchas actitudes reflexivas sobre una serie de problemas tanto de carácter estético, crítico, como humano. La absoluta ausencia de prejuicios con que aborda todos los motivos que toca, la originalidad de casi todos los puntos de vista que plantea, la animación estimulante que de él se desprende, el ritmo de su lenguaje frecuentemente violento, la saludable indiferencia con que pasa sobre algunos tabús sociales y artísticos lo hacen, además, de un libro hermoso, reconfortador.—A. T.



UNA NOVELA CHILENA

No conocemos la obra anterior—*Bajo el Compás*—de este escritor todavía joven y que ha vivido la mayor parte de sus años en provincia, dedicando lo más intenso de sus actividades ciudadanas a la lucha social y política lo que seguramente ha impedido el desarrollo más amplio, en cantidad como en cali-

dad, de sus condiciones literarias, especialmente orientadas para el género novelesco y que se manifiestan en *Los Dominios de Ahrimán*, aunque de una manera bastante dispersa, por lo menos en lo que se refiere a la dimensión psicológica de los personajes. Acaso esto sea debido al apresuramiento con que parece haber sido escrita. De todos modos, se presentan con suficiente nitidez, como para poder apreciarlas.

Esta novela de Salvador Martínez empezó a gestarse en una celda de cárcel provinciana, a donde llevaron a su autor por sus ideas políticas o más bien, por la intervención que le cupo en cierto movimiento de carácter subversivo que tuvo densa resonancia en el país. Sin este accidente, confiesa Martínez Rozas y sin unas palabras estimulativas de Gabriela Mistral no habría nacido, pues no esperaba tentar nuevamente la «aventura literaria».

En el prólogo que Salvador Martínez llama *Advocación*, expone el propósito de la novela y el concepto que de este género tiene el autor de *En los Dominios de Ahrimán* (Imprenta Nascimento). Ambos nos parecen exactamente loables. Extraçtemos: pretender analizar la tragedia de un pueblo antes que la de un hombre, el propósito; mezclar en la novela los elementos sociológicos, políticos, etc., expresar el ritmo colectivo de la época que vive el novelista, el concepto. Además Salvador Martínez estima esta rama del arte «como un factor positivo en la evolución y progreso de la humanidad».

Es un defecto frecuente para los escritores que tienen ese concepto de la novela y que la realizan, exagerar la importancia de los elementos sociológicos y políticos hasta el extremo de hacer perder el carácter verdaderamente novelesco y convertir sus libros en simples panfletos o tratados o apologías defensoras de las doctrinas que profesan. Se olvidan que la novela es un género artístico y que, como tal, posee sus límites y que si es cierto que esos materiales extra novelescos o que hasta ayer en cierto sector se consideraban fuera de ella, son absolutamente necesarios

para la creación de una obra que aspire a condensar las inquietudes de su tiempo, no es menos efectivo que hay que reducirlos a su más estricta dimensión, es decir, a su condición de elemento integrador, pues fuera de los económico, político y social, existen tanto en la vida colectiva y especialmente individual, otros factores que determinan la actividad humana; la sexualidad, por ejemplo. Se entiende que en las novelas que sólo pretenden expresar un aspecto determinado de la sociedad—la política, verxi gracia—este reproche no tiene viabilidad. Pero tampoco en este caso puede ser el vehículo expresivo de una tendencia diferenciada, sino de todas las que conmueven un período social.

Salvador Martínez no es que caiga, precisamente, en estos defectos. Tal vez la ausencia de una sólida doctrina se lo impide. Pero en muchos pasajes de su volumen, donde imprecisa las corrupciones del sistema demo-liberal (no en cuanto a sistema, sino que porque en él se presentan) y de los hombres que lo sostienen, se hunde en otro defecto no menos grave: la declamación. No presenta los hechos objetiva o subjetivamente, en su estructura vital ni los deja hablar por sí mismos, sino, al contrario, con inusitada frecuencia interviene opinando contra esto y aquello en una forma acentuadamente declamatoria, acaso romántica. Grandes frases, grandes palabras, terribles admoniciones, pero ausencia de análisis, de exposición, de psicología ya individual o colectiva. En muchos momentos es un panfleto rabioso, encendido, de innegable vigor contra la sociedad contemporánea. No obstante, si no siempre con fortuna, Salvador Martínez logra manejar a veces con habilidad algunos elementos constitutivos de la novela—especialmente los de índole política, cuyos resortes demuestra conocer con amplitud—, mezclan dolosa la vida anecdótica de sus personajes, muy dinámica y abundante, muy variada y atrayente, resultando a ratos excesiva, pues es frecuente que Salvador Martínez no sepa depurar la estructura anecdótica, reduciéndola a su exacto material de utilización artística.

En lo referente al estilo, esta novela es muy descuidada, o si se quiere, un tanto anacrónica, porque está escrita en un lenguaje ya en desuso en nuestro tiempo. Su autor cae de manera sostenida y continuada, en innumerables frases de mal gusto, sonoras y vacías. A menudo se acerca a la oratoria y hay páginas que en la tribuna popular serían aclamadas con entusiasmo, ya que es palmario que Salvador Martínez le comunica a lo que escribe una intensa pasión y no escasa valentía moral. Si esta obra en conjunto—supongamos—no merece un elogio por el resultado de su realización, por lo menos lo consigue abiertamente por la alta estatura de las condiciones de varón y ciudadano que manifiesta poseer su autor. Es una satisfacción poder reconocerlo en Salvador Martínez Rozas, donde la mayoría de los escritores del país carecen de tan honorables distintivos.—A. T.



PLUMA DE NIDAL LEJANO, por *María Cristina Menares*.—Soc. Imp. y Litografía Universo. Santiago, 1935.

Toda mujer que en Chile publica su primer libro halla siempre el elogio fácil y amable, como una obligación de galantería. Se la recibe triunfalmente, aunque no asome ni una promesa posible en su obra inicial.

No es el caso nuestro ante el primer libro de María Cristina Menares, *Conocimos*, cinco o seis años atrás, algunos de sus versos, y ya nos pareció ver, entre las ingenuidades de su canto balbuciente, que algo había en su corazón y en su cabeza. Un acierto de visión, un sentimiento original mal expresado, una inquietud de alma no común a sus años.

Este libro deja ver, con indudable claridad, que tenemos en ella un rico temperamento lírico, aunque no haya encontrado todavía su ruta cierta. Se la ve desorientada ante las nuevas modas literarias, y es a veces clara y emotiva y otras obscura y